

# Autocrítica

por Alfonso Chase

Nos han enseñado como no hay que hacer la revolución.

Kropotkin

La herencia que ha recibido la generación joven ha sido un montón de escombros; además de ciudades de ideologías; y la fe de los padres (la genuina y la fingida) se ha convertido en una humareda de grandiosidad.

Ernest Fischer

oOo

Los falsos intelectuales de izquierda no se bañaron esta mañana y sudorosos y sedientos, indefensos y hediondos, insistieron en repartir sus octavillas entre los intelectuales de derecha y algunos otros estudiantes que buscaban sus nombres entre la lista de aplazados. Los falsos intelectuales de izquierda pasaron los memoriales donde no firmar era de mal gusto y reclamaron nuestro puesto ante la revolución, mientras los obreros en las cantinas y en sus casas bebían ron con coca cola y comentaban "La Nación". Los falsos intelectuales de izquierda, esta mañana, luego de tomar corn flakes se montaron en los carros de papá y junto con algunos otros amigos empezaron a repartir hojitas en las calles donde en un lenguaje que sólo ellos entendían llamaban al pueblo a sublevarse, porque es muy fácil estar full time en rebelión cuando se tiene el estómago lleno y las carnes y el hambre es de los otros, lejanos y cercanos, pero siempre ya perdidos sobre sí mismos como el aire. Los falsos intelectuales de izquierda esos muchachos de pullover, venidos del alcoholismo y la putería o más bien, los hijos del señor Ministro o la señora Embajadora, que encontraron en la Revolución un justificante para su tedio y la retrasan en sus relojes para darse tiempo para aparecer en las crónicas o en las reseñas históricas que han de hacerse en el futuro. Los falsos intelectuales de izquierda que hacen la revolución en sus tazas de café, mientras los días transcurren y se mueren, sin pedirle a nadie permiso, o simplemente amarillos como los pergaminos languidecen en sodas y bares o restaurantes haciendo la revolución ante un chop suey, soñando ser los fideles castro o los chees guevara de bolsillo y se esconden en sus casas cuando viene la requisita. Los falsos intelectuales de izquierda, ligeros como un ascensor, haciendo versos para agradar al Partido o angustiándose de pronto porque la noche llega y en el día no hicieron nada por la Revolución. Estos hermosos muchachos con sus amiguitas al lado, pálidas sombras de posibles mujeres las Luisas Micheles sin barricadas, de ojos pintados y pesañas amarillas, mudas y pálidas como los vestales, que nadie ha sabido si son inteligentes o idiotas porque nunca abren la boca. Los muchachos eternos, los que después de los treinta aún siguen siendo los mismos que cuando tenían veinte y para los cuales las arrugas son sólo el pretexto para aducir sufrimientos o conflictos interiores. Los falsos intelectuales de izquierda, lívidos y sucios deambulando por los boulevares o las rotondas y fumando marihuana o viendo festivales de cine o deambulando en la noche por el Jardín Rosemary. Los precoces aspirantes a diputados o municipales, hablando ante parlamentos juveniles sobre la necesidad de la rebelión y de la muerte heroica y por la tarde asisten a la boda de fulanita y menganita y entre cocteles y aceitunas y escotes tratan de extender la subversión por entre las mesas dispuestas. Los hacedores de la revolución de paquete la que nace todas las tardes y que muere de tedio y que puede leerse entre octavillas o diarios o revistas y tienen en sus cuartos un retrato del Che junto a otro de Raquel Welch y confunden la revolución con el manoseo o el Kama Sutra y pierden los años y los días en lamentos, como en una película de Sarita Montiel. salidos de un cafetín en las mañanas cuando los obreros van a sus trabajos y que se pierden por las calles de la mano de una pequeña amiga, pálidos y nostálgicos como un poema del primer Neruda.